

TEATRO Y LITERATURA: LIMINALIDAD EN DIÁLOGO

Laura Fobbio

Cuál es la relación entre la palabra escrita, la narración oral y el teatro. Entre el escritor, el dramaturgo, los directores, los actores. En ocasión de la última feria del libro, cuatro actores y dramaturgos se explayaron acerca de estas tensiones.

Alejandro Tantanian, dramaturgo y director argentino, se pregunta qué hay entre el dedo de Adán y el de Dios en *La creación de Adán* de Miguel Ángel, y allí se posiciona para hacer teatro. Quizás en ese espacio liminal conviven literatura y teatro en paradójica tensión, en ese hueco atestado, vacío preñado de abismos donde se atraviesan lo divino y lo humano, lo espiritual del cuerpo y la carnadura de la palabra, lo revolucionario de toda creación.

¿Qué arte surgió primero? ¿Cuál influye en el otro actualmente? Estas y otras cuestiones guiaron el debate organizado por el magazín *Letras para el Café*, en el marco de la Feria del Libro Córdoba 2011. Aquí sintetizo lo dialogado junto a Luciano Delprato (director teatral y escenógrafo), Daniela Martín (directora e investigadora teatral) y Belén Pistone (actriz y narradora oral), y sumo mi participación en dicha mesa, coordinada por Martín Cabrera (actor y productor teatral).

Literatura y teatro hacen cucharita

Teatro y literatura se retroalimentan en un intercambio tan remoto como carnal. En las últimas décadas del siglo XIX se produce la gran “ruptura institucional” del teatro con la literatura, cuando el rol del dramaturgo es desplazado por la consolidación de nuevos productores de la escena –directores, técnicos– y por la incorporación de las innovaciones tecnológicas. El textocentrismo decae, pues se complejiza el hecho teatral con creadores como Piscator, Brecht, Meyerhold, Artaud, Kantor, entre otros.

A partir de las vanguardias históricas, lo que se concebía como texto dramático podía ser escrito antes, durante o después de los ensayos y puestas en escena, por uno o varios autores, y era modificado cuantas veces se lo creía necesario. Así encontramos que Brecht creaba con un equipo de actores y técnicos, y a su vez tenía en cuenta las sugerencias que les

hacían los obreros que habían visto sus obras.

Aquel movimiento vanguardista de las placas tectónicas del teatro tiene sus réplicas en la escena actual donde, según Delprato, el teatro produce “una literatura que se escribe a varias manos: no la escribe sólo el espectáculo, la escribe también el espectador”. Por su parte, Belén Pistone asegura que el acontecimiento teatral “genera escrituras que no tienen que ver con la literatura directamente”.

Si lo pensamos desde Borges, teatro y literatura dialogan, se entran, se citan, se (de)generan, se duplican, se abisman... Al respecto, Daniela Martín manifiesta que el teatro “no sólo establece un vínculo con la literatura sino con las ideas previas de los discursos sobre literatura, porque agarrar *Antígona* es también tener en cuenta todas las ideas previas sobre *Antígona*, porque *Antígona* es literatura”.

La línea que separa al teatro y a la literatura se desdibuja cuando la poesía o la narrativa cruzan el umbral e ingresan a lo dramático, y cuando el teatro es tema de la literatura. Los límenes –fronteras, umbrales– distancian al mismo tiempo que favorecen el roce y la comunicación entre acontecimiento y narración oral y, particularmente, entre quienes promueven la creación: autor y dramaturgo, dramaturgo y director, lector y espectador... Luciano Delprato desarticula el debate al considerar que se trata de disciplinas opuestas: “la literatura es un arte que intenta emanciparse de los soportes, existe antes que la palabra anotada, es sombra de la palabra dicha, primera palabra literaria. Finalmente, el soporte debe ser nuestra imaginación. El teatro nace independientemente de la literatura, tiene otra genealogía. Necesita de la presencia viva y activa de los cuerpos. Pero esa oposición puede generar ciertas relaciones amorosas entre ambas disciplinas: condición de existencia del amor es la oposición, la diferencia”.



M. Del Val. *Love*. Acrílico sobre tela, 50 x 80 cm, 2010

Estamos ante dos artes distintas –no hablaría de “opuestas”– y próximas a la vez: si hiciéramos un ADN imaginario nos daría que literatura y teatro son primos hermanos, ya que lo mítico, lo ritual, lo lúdico de cada pueblo está en sus cromosomas...

Alquimia y carnalidad

Acerca de la existencia de una tensión carnal entre ambas artes, Daniela Martín define al teatro desde Lorca como “la poesía hecha carne”, y sintetiza que el encuentro dramático-literario origina una “tercera cosa que no es palabra ni cuerpo solamente, sino un acontecimiento en el que se reúnen, un mundo”.

Delprato retoma una imagen de Alejandro Tantanian para representar la correspondencia entre literatura y teatro, semejante a la relación alquímica entre oro y barro: “justamente por lo distinto que son se vuelve tan interesante el trabajo alquímico de transformar la materia y sustancia rebelde y de otra naturaleza, en teatro”. Ahora bien, ¿cómo concreta un director ese pasaje alquímico? Asegura Delprato que los “grandes dramaturgos, grandes hombres de letras” conocían a la perfección el mundo del teatro y eran conscientes de la diferencia entre teatro y literatura. De allí que ofrecieran en sus producciones las “claves alquímicas” para obtener la transformación: diseñaban las obras como si se tratara del plano de una casa que luego sería habitada por actores, técnicos, directores, productores... Y Delprato arriesga una crítica a aquellos directores de teatro cuyas “necedades confunden el plano con la casa. Intenten vivir envueltos en papel vegetal y al primer día de lluvia les va a ir bastante mal... Ahí hay una clave para entender una relación que siempre ha sido conflictiva”.

El teatro, como el ritual, exige un tiempo diferente al de la literatura. Para Belén Pistone, “el tiempo de la lectura generalmente

es el tiempo de la soledad. El del teatro implica una vorágine, una turbulencia, es un tiempo compartido, el teatro es casi como Dios”. La actriz vincula una frase bíblica con el teatro: “donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, ahí estoy yo” (Mt. 18, 20), argumentando que la palabra hablada es anterior a la palabra escrita, el encuentro teatral requiere por lo menos de dos personas y, agrega Pistone, “el texto concebido para ser leído se expone a un sacrificio, porque el tiempo es otro”.

Por su parte, Delprato retoma el concepto de lo divino para pensar la literatura, apuntando que ésta “tiene que ver con la captura del verbo divino, del habla de Dios, y esa inmaterialidad la vuelve un campo fascinante para el lector, porque puede inundar y apropiarse del vacío con su imaginación y trabajar ahí adentro... La literatura es silencio, soledad –aquí coincide con Pistone– y el teatro, en cambio, es barullo, e implica siempre un vínculo molesto y agradable con el otro”.

Cuando teatro y literatura se conjugan para generar una obra, se pone en juego el oficio del hacedor que interviene los textos, *oficia* la toma de decisiones e implementa lo que Pistone llama “sacrificio” –y reformulo como *sacri-oficio*. Se trata de “rasgar” al texto literario, dice Pistone, “crear agujeros” para que se inserte el cuerpo de la actriz o del actor. En relación con esta práctica, Daniela Martín asegura que “el cuerpo del actor termina siendo la zona de batalla” donde se resuelve la discusión entre lo literario y lo espectacular.

Teatro y literatura ¿artes liminales?, ¿oficios que se retroalimentan?, ¿disciplinas opuestas? Más allá de las definiciones y de las cronologías, de las incidencias y prescindencias, del modo en que las palabras intentan nombrar a las acciones, lo importante es que literatura y teatro continúen imaginando, fagocitando y regurgitando la realidad para mostrarla, criticarla e intervenirla ■